

Nunca aspiraremos a sustituir con nuestra voluntad, la del niño, ni le exigiremos en manera alguna lo que no tiene su consentimiento: empeño, por otra parte, tan absurdo como impío en el que lo más que se podría obtener sería detener por un tiempo más o menos largo, la facultad cuyo movimiento creeríase dirigir. La obra educativa no es conducir un alma joven al antojo ni por los caminos preferidos por el educador, sino estudiar de lo que es capaz, aquello para lo que está hecha, ayudarle con delicada solicitud a realizar su propio ideal, hacer pasar del poder al acto, las virtualidades que ha depositado en ella, en ella solamente, el Artista infinito que no se repite en ninguna de sus obras.

Por eso no me sorprende que después de veinticinco años de consagración a la infancia, un gran obispo declare que el sentimiento más vivo que guarda de esta experiencia, «es un respeto religioso mezclado de temor, en presencia de estas criaturas jóvenes y poderosas, cuyas facultades son tan libres, tan fuertes, tan invencibles». Y estas palabras no son el efecto de un arranque oratorio; pues he aquí lo que dice en seguida: No puedo mirar un niño de tres años, sin experimentar cierta inquietud, sin meditar profundamente en él, sin pensar que su voluntad es independiente de la mía; en efecto, por más joven que sea, puede desear sin mí, a pesar mío y contra mí. Se le puede matar pero no se le puede hacer querer a pesar suyo. Pero a qué decir un niño de tres años ¿y qué importan tres años más o menos? Es mi naturaleza, es la vuestra, es la humanidad entera: es un ser superior dotado como vosotros y como yo, vuestro semejante y el mío, una potencia igual a la vuestra.»¹

No se creería escuchar desde el otro extremo del pensamiento humano, a aquella fogosa individualista, Ellen Key, reclamando que ante todo se respete y desenvuelva la personalidad

del niño al cual fuera de algunas leyes esenciales de la humanidad «no se exija ni se le pida nada que se oponga a su naturaleza, a sus disposiciones, a sus gustos; que se consideren «sus sentimientos, sus deseos, sus derechos, como los de una persona mayor»; que se tenga cuenta en fin de que «cada niño es un mundo nuevo, no una repetición, no una de estas páginas en blanco en donde se trata simplemente de delinear un modelo determinado?»¹

Decimos casi por todas partes, que la causa del principio de iniciativa está ganada; y nadie duda, por lo menos en teoría, que se debe dejar al niño obrar por sí solo mientras su bien no se oponga a ello claramente. Nuestra intervención en su vida se hace más discreta y es más satisfactorio para nosotros operar en él, modificando las circunstancias de su ambiente, que ordenarle directamente lo que deseamos haga. A menudo lo dejamos abandonado a él mismo y muchas veces le dirigimos sin que se aperciba. Ya es libre, ya se figura serlo; pero aun cuando se sienta ligado por la obediencia, queremos que sea una obediencia con la cual esté de acuerdo.

No es que nos creemos obligados a justificar, ni aun explicar en su presencia, cada una de nuestras órdenes; pero estimamos que la autoridad, nuestra autoridad, para ejercerse en condiciones morales y moralizadoras, debe hacerse aceptar una vez por todas, debe haber inspirado confianza y veneración. Basta para esto que el niño tenga conciencia de su debilidad, de la necesidad que tiene de nosotros, del bien que le hacemos y sin el cual no puede pasar.

Para impedirle tales sentimientos, evitaremos lo que falsearía en él nuestro prestigio. Nunca nos verá perder el dominio sobre nosotros mismos, nunca le ofreceremos el espectáculo de nuestras propias contradicciones, ni

¹ Mgr. Dupanloup: *El Niño*.

¹ Ellen Key: *El Individualismo*.